

HIGGIN, Howard

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 455

25 CTS.

E
B



Los tres
desertores

Tipografia Barcelona

Aribau, 206 - Teléf. 75087

BARCELONA

POR

Diana Ellis

William Boyd

Filmoteca

de Catalunya

HIGGIN, Howard

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco-Mario Bistagne } TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 455



Los tres desertores

(THE LEATHERNECK, 1929)
Superproducción de Ralph Block

Interpretada por
**William Boyd, Allan Hale, Robert
Armstrong, Diana Ellis, etc.**



EXCLUSIVA DE
S. A. G. E.

Selecciones "Julio-César"

Aragón, 316 BARCELONA

Los tres desertores

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Amistad: misteriosa unión de almas, cuyo poder de atracción se extiende sobre toda la tierra; la más vital influencia en la vida del género humano. — Marco Aurelio.

Las tropas norteamericanas estaban acampadas en la ciudad china de Tien Tsin. Al igual que otros ejércitos civilizados, habían tenido que intervenir en la vida agitada de un país que se consumía bajo el terror de las guerras civiles.

El sargento Smiley paseaba aquella mañana por una de las estancias del improvisado cuartel, dando muestras de pésimo humor. Otros soldados seguían con la mirada sus pasos y de vez en cuando cruzaban ojeadas significativas.

—No hay más remedio que presentar ese informe al oficial—dijo el sargento—. Escribe.

Y dictó con gran dificultad a uno de sus soldados el siguiente párrafo:

Después de varias semanas de pesquisas no han sido hallados los soldados de este regimiento: Fuzzy, Buddy y Calhoun. Todas las apariencias hacen suponer que desertaron.

El Sargento de Fusileros

Una vez redactada la comunicación, tomó el papel y lo tuvo un momento entre los dedos, como si vacilara en darle curso.

¡Se trataba de un asunto tan grave! ¿Qué iba a decir el severo capitán cuando se enterase de que hacía varios días que tres de los mejores soldados habían desaparecido del regimiento?

No, él no se atrevía a entregar personalmente el mensaje. Y, señalando a un soldado, hombre cobarde y timorato por excelencia, aunque él creía todo lo contrario, le dijo:

—Anda, tú que presumes de ser un héroe. Ahora tienes ocasión de demostrarlo; lleva esto al capitán Brand.

Revisiéndose de un valor del que andaba muy escaso, el soldado entró en el despacho del capitán Brand y puso, temblando, en sus manos, el documento.

—Buenos días, mi capitán. Me han dado esto para usted.

Leyó éste la breve noticia de la desertión, y por sus ojos pasó un brillo de indignación.

—¡Que venga inmediatamente el sargento Smiley!—gritó.

No tardó el sargento en presentarse, todo humilde y tembloroso, ante su jefe.

—¿Qué significa este informe, sargento? — le dijo con voz vibrante—. ¿Cómo se atreve usted a decir que, según todas las apariencias, han desertado? ¡Ellos, los tres mejores soldados de mi compañía!... ¿Por qué supone usted?

Aquel hombre, implacable y duro a veces, era, no obstante, para sus soldaditos, un padre bondadoso. Y no podía suponer que tres de los mejores hombres hubieran faltado tan gravemente al cumplimiento de su deber.

—Es que... no sabía qué decir, mi capitán— respondió turbadísimo.

—¿Tampoco sabes que eres un idiota?

—No, señor.

—¿Cómo?

—Digo, sí...

—¡Ah, hay algo muy extraño en este asunto!

—A mí también me parece...

—Los creo capaces a los tres de cualquier cosa, antes de desertar.

—Yo estuve con ellos en Francia, mi capitán, y si usted me pregunta...

—Yo no le pregunto nada.

Apareció un soldado, quien, con palabra emocionada, dijo:

—¡Ahí están, señor! ¡Ya han regresado!

—¡Por fin! ¡Diles que pasen aquí!

—Sería preferible que fuese usted a verles, mi capitán—contestó con una expresión de terror—. Parece que les ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué ha pasado? ¡Vamos allá!

Y corrieron hacia el cuarto de guardia, don-

de se hallaban, rodeados por todos los soldados, los tres supuestos desertores. Pero, ¡en qué estado!

El capitán les abarcó con una severa mirada y parpadearon sus ojos al ver a uno de ellos caído en tierra, inmóvil, con la faz amarillenta de los cadáveres.

De pie a su lado, otro de los soldados, medio desnudo, reía con una risa idiota, y junto a él, el tercer desertor, polvoriento y raído, miraba a todos con una expresión de hondo vencimiento.

Se adivinaba que habían pasado horas crueles, un verdadero martirio.

—¿Se puede saber qué es lo que ha sucedido? —dijo el capitán, mirando al soldado Calhoun.

Con una voz triste, quejumbrosa y ronca, el aludido respondió:

—Fuzzy se ha vuelto loco, señor... Buddy ha muerto...

—¿Y a ti, Calhoun, qué te pasa?

—A mí, nada. Yo estoy bien, señor.

Y cubrióse el rostro con las manos, para ocultar las lágrimas que saltaban por sus ojos.

En vano el capitán le rogó que se calmara y explicara el motivo de aquella larga ausencia, así como el trágico retorno; pero el soldado estaba demasiado emocionado para responder.

Miraba al compañero caído para siempre, al otro camarada, que seguía riendo con la inconsciencia de la estupidez, y murmuraba:

—¡Hermanos... hermanitos míos!...

Luego se mantuvo en un sopor del que fué imposible sacarle...

El capitán Brand se vió obligado, dadas las circunstancias del hecho, a ponerlo en conoci-

miento de sus superiores. Había un soldado muerto, otro loco, otro que no explicaba satisfactoriamente el motivo de aquella escapatoria del cuartel.

Nombróse un juez especial, quien, con la rapidez característica en el ejército, pronto tuvo terminado el sumario.

Para unos días después anuncióse un consejo de guerra contra el soldado Calhoun, única persona que estaba en disposición de responder de la misteriosa fuga y de sus consecuencias.

Por espíritu de cariño paternal, el capitán Brand había solicitado encargarse de la defensa de Calhoun. Aunque este muchacho se había mantenido hasta entonces en un hermetismo absoluto, el defensor estaba convencido de su inocencia y de que en el consejo se esclarecería su situación.

Y, una mañana, en una de las salas del cuartel, comenzó el consejo de guerra contra el soldado William Calhoun.

Una docena de oficiales, presididos por el coronel, formaban el tribunal.

William Calhoun, melancólico, silencioso, estaba al lado del capitán Brand.

El fiscal, en sus conclusiones, pedía la pena de muerte para el soldado Calhoun, considerándolo nada menos que autor de los delitos de desertión y de homicidio, pues lo suponía culpable de la muerte de su compañero Buddy.

—Soldado Calhoun—dijo el presidente—, tenéis derecho a declarar en vuestra propia defensa. ¿Queréis hacerlo así?

Vaciló unos momentos el procesado, pero a instancias de su defensor, respondió:

—Sí, quiero.

—Entonces, tened la bondad de referir al consejo en qué circunstancias conocisteis a los soldados Buddy y Fuzzy y el motivo de vuestra desaparición del cuartel.

El soldado lanzó una mirada triste hacia todos aquellos hombres, y comenzó a contar, sin omitir detalle alguno, la odisea novelesca de su vida de cuartel y las circunstancias trágicas que la acompañaron.

* * *

Era en Francia, días después de firmado el armisticio. William Calhoun formaba parte de un destacamento encargado de custodiar a algunos prisioneros alemanes.

Fuzzy era un prisionero alemán por el que Calhoun sentía, sin que pudiera explicar el motivo, un gran afecto.

Cierto día, Calhoun vió al alemán meditando ante un gran cubo lleno de agua enjabonada.

—¿En qué piensas, Fuzzy?—le dijo sonriendo, a través de la valla de alambre que le separaba de él.

—En mi tierra — respondió melancólico el germano—. Mi padre tiene una fábrica de cerveza en Alemania, y ahora, ante la espuma del jabón, me he acordado...

—¿Qué te parece, Fuzzy, si yo aumentase ese recuerdo convidándote a cerveza?

—No está mal; pero, ¿cómo salir de la empalizada?

—Espérate un momento.

Como aquellos días eran de mayor tolerancia, pues ya había terminado la guerra, Calhoun se

acercó al soldado Buddy, que era el centinela que guardaba a los alemanes, y le dijo:

—Deja salir a Fuzzy unos momentos... Irá conmigo a la cantina.

—Yo no hago eso.

—No seas imbécil... Le guardo yo.

—¿Y si se escapase?

—Le ataré un pie con una cuerda y tú sostendrás un extremo. ¿Te va bien?

—Eso ya es otra cosa... Si intenta escaparse, tiraré de la cuerda y le haré caer al suelo.

—Conforme.

Así lo hicieron. El alemán Fuzzy fué atado con una cuerda que sostenía desde su punto de vigilancia el centinela Buddy.

Calhoun y Fuzzy entraron en la taberna cercana; el primero deshizo la cuerda a su amigo, y la ató a la pierna del sargento Smiley, que dormía a pierna suelta.

Luego, los dos soldados, cuyas almas intimaban fraternalmente, fueron al mostrador a beber unas jarras de cerveza.

Tuvo Calhoun que disputar con varios camaradas, que se negaban a beber con un alemán; de las palabras pasaron a los hechos y hubo una violenta pelea, repartiéndose los puñetazos a docenas.

El sargento despertó y quiso correr hacia los grupos amotinados; pero el centinela Buddy tiró de la cuerda y le hizo caer varias veces al suelo, pensando siempre que se trataba del soldado alemán que pretendía huir.

Al acercarse y darse cuenta de su error, corrió a la taberna, a reunirse con Calhoun y Fuz-

zy, que seguían defendiéndose contra la avalancha de furiosos patriotas.

La pelea terminó como por ensalmo al aparecer un oficial al frente de varios grupos armados, y Buddy, Calhoun y Fuzzy desaparecieron rápidamente, volviendo cada cual a su sitio.

Aquellos días eran de amplia libertad y se perdonaban las pequeñas faltas; así es que la cosa no pasó a mayores.

Pero entre los dos soldados norteamericanos y el alemán Fuzzy establecióse una afectuosa amistad. Por un impulso superior al odio de las naciones que hasta entonces habían sido enemigas, comenzó con fervorosa simpatía aquella amistad que para siempre les había de unir.

Fuzzy fué repatriado a su patria, y antes de marchar, sus dos amigos le entregaron una bandera yanqui como recuerdo...

El alemán, como sus camaradas del frente adversario, no sabía nada de odios. Luchaban porque así lo mandaban los Gobiernos, pero en el mundo todos los hombres eran hijos de Dios.

Y pasó mucho tiempo. Fuzzy escribió a sus amigos, participándoles que se había nacionalizado súbdito americano y que probablemente no tardaría en residir en el país del dólar.

Esto alegró infinitamente a Buddy y a Calhoun, pareciéndoles que se haría de este modo más estrecha la amistad con aquel rubio del otro lado del Atlántico.

Pero pasaron otros meses y nada más se supo del compañero...

* * *

Más adelante, los americanos enviaron una expedición a Oriente para contribuir a la conservación del orden en aquellos países agitados por luchas intestinas.

Y un día en Rusia, allá en Wladivostock, donde permanecieron varios meses, Buddy y Calhoun encontraron a Fuzzy, vestido ya de soldado americano y que también formaba parte de la misma expedición, aunque en regimiento distinto.

Fué grande la alegría de los tres amigos al reconocerse de nuevo y verse vestidos con idéntico uniforme militar.

Contó Fuzzy que había ido a Norteamérica, y allá, llevado por su espíritu de lucha, había ingresado como voluntario en el ejército, pidiendo un puesto en la expedición a Oriente.

Le aceptaron y ahora, al desembarcar en esta ciudad moscovita, se encontraba con aquellos entrañables camaradas.

Con unánime anhelo de permanecer siempre juntos, Fuzzy solicitó su traslado a la compañía de sus amigos, y los superiores le concedieron la autorización deseada.

Iban a permanecer siempre unidos, a ser como tres mosqueteros y tener el mismo lema glorioso: Todos para uno, uno para todos.

Durante los días de descanso que tuvieron en Wladivostock, frecuentaron con una regularidad mayor que la conveniente, las tabernas de la ciudad.

Cierto día salieron borrachos de uno de aquellos bares y fueron, tambaleándose y sosteniéndose mutuamente, por las calles, hasta sentarse en tierra, frente a otro establecimiento de bebidas y sin ánimo ya para entrar en él.

Fuzzy había perdido su gorro y en su lugar llevaba un sombrero hongo, que había quitado a un concurrente de una de las tabernas. Tenía ahora el bombín en la mano, y junto a sus dos amigos tarareaba alegres canciones de tierras alemanas.

De pronto pasó un caballero y burlonamente echó unas monedas en el interior del hongo de Fuzzy.

Sus compañeros no se habían fijado en aquella dádiva, y Fuzzy, riendo, puso la mano dentro del sombrero y dijo:

—¿A que no adivináis lo que tengo aquí dentro?

—¡Un piano de cola!—dijo Calhoun.

—¡No!

—¡Un autobús lleno de turistas!

—¡Tampoco!

—¿Pues, qué?

—Dinero... dinero...—contó con expresión infantil, echando al aire la moneda regalada.

Los tres se levantaron otra vez y se encaminaron hacia la puerta de aquel bar para rociar aún más sus estómagos ahitos ya de vino.

Pero en aquel momento se sintieron llamados por un hombre de mediana edad, quien en un inglés muy correcto, les dijo:

—¡Qué alegría encontrar personas que hablen el mismo idioma, muchachos!

—¿Quién es usted? — balbuceó Calhoun.

—Soy el capitán Heckla y he recorrido el mundo entero como militar; pero aquí soy un simple paisano.

—Bien... mucho gusto en saludar a un compatriota—dijo Calhoun.

—Además, me sentiría muy honrado ante un "doble" de cerveza...

—Pues, le invitamos... Entre...

Y los tres muchachos penetraron en el local con aquel nuevo amigo y estuvieron bebiendo y charlando hasta muy entrada la noche.

En días sucesivos, los tres soldados siguieron intimando con su compatriota.

El tal capitán Heckla era un hombre misterioso. Andaba siempre metido en sociedades secretas y cosas por el estilo... Conocía a mucha gente. Era una verdadera autoridad en aquella ciudad rusa. Pero los tres soldados seguían cultivando sin demasiado temor aquella amistad, que creían que a nada podía comprometerles.

Cierto día, Heckla llevó a los tres soldados a casa de un hombre llamado Petrovich, un buen sujeto, de quien la revolución había hecho una víctima.

Petrovich tenía dos hijos, Sergio, muchacho tímido y dulce, y Tanya, una preciosa mujer en quien la belleza había derramado sus dones excelsos.

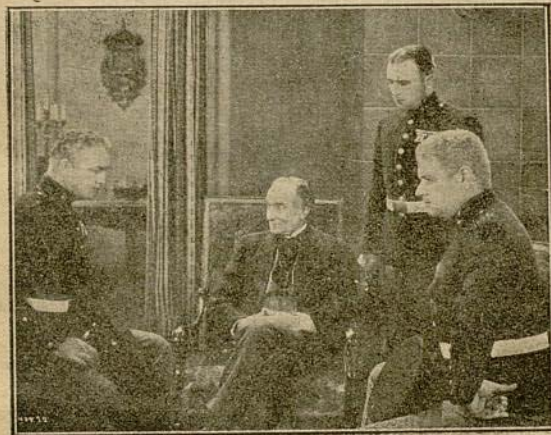
Aquel hombre, que se había hecho muy amigo de Heckla, recibió cordialmente a los tres soldados americanos, a quienes explicó su odisea:

—Todas las propiedades que poseía en Rusia me han sido confiscadas—dijo—. Sin embargo, todavía conservo en Manchuria una mina de potasa...

—¿Y por qué no la explota?—dijo Heckla.

—Imposible. No me permitirían salir de este país. Ni siquiera puedo enviar a mis hijos a Inglaterra, para que continúen educándose en el colegio a que iban antes.

Mientras Petrovich explicaba a Heckla y a



..... recibió cordialmente a los tres soldados americanos...

Calhoun el relato de sus desventuras, Buddy y Fuzzy contaban a Sergio el relato hiperbólico de sus hazañas.

—Entonces—decía Fuzzy — con los bolsillos llenos de pistolas, bombas y fusiles, me dirigí al sitio en donde estaba el enemigo... y en una hora solamente, yo solo hice un millar de prisioneros.

—No fué mucho—respondió Buddy—. Yo, sin tantas armas, con mi bayoneta solamente, hice en diez minutos más de dos mil prisioneros, de los cuales, novecientos y pico eran todos generales del Estado Mayor...

—¿Cómo pudo usted hacer eso estando solo? —advirtió Sergio.

—De un modo muy sencillo: los rodeé, y, claro, cuando se vieron cercados por todos los sitios, no tuvieron más remedio que rendirse.

—¡Bravo, chico! ¡Los has aplastado!—dijo su camarada.

Rieron alegremente aquellas exageraciones, hasta que llegóse a ellos Tanya y les obsequió con unas copitas de buen vino.

Con el transcurso de las semanas continuó aquella amistad. Heckla propuso varias veces a Petrovich que le traspasara la mina de potasa. Pero el ruso no quería hacerlo, pensando que acaso algún día cambiara la situación y él pudiera explotar directamente aquella importante riqueza del subsuelo.

Calhoun se sentía feliz en aquella casa... Y es que Tanya era la primera mujer por la que su corazón de soldado había latido con verdadero amor.

En los días que llevaban tratándose, una estrecha amistad, que en el fondo no era más que amor, unió sus corazones juveniles.

Calhoun no era un simple soldadote, sino un hombre culto y educado. Y ella encontraba en aquel muchacho de otras tierras el ansia ideal que daba paz y vida a su corazón.

Una tarde paseaban por el parque de los Pe-

trovich, y ella le dijo, mirando las hermosas arboledas en flor:

—¿Le gusta este paisaje?

—Al lado de usted, me agrada todo.

De pronto, pusieron los pies en falso y resbalaron al fondo de una pequeña cuneta.

Por instinto se abrazaron, y cuando se dieron cuenta de la realidad, se encontraron enlazados, besándose dulcemente, en un ansia inapagable de amor.

Pero Sergio, el hermano de Tanya, les descubrió en una de aquellas caricias.

Muy severo, muy grave, contempló al soldado americano, como si tuviera miedo de que este muchacho viniera a despojar de la honra a la familia.

Calhoun le pidió perdón, asegurando que sus intenciones no podían ser más honradas.

—¿Es que ama usted a mi hermana?

—La adoro.

—Y tú, ¿le quieres a él?

—Con toda mi alma—respondió la muchachita.

Y Sergio estrechó la mano de los novios, prometiéndoles su ayuda en el momento oportuno para interponer su influencia cerca de su padre.

* * *

Transcurrieron nuevos días. Calhoun estaba inquieto, con el ansia de felicidad que invade a todos los enamorados. Y sus camaradas, espíritus menos sentimentales que él, pero a los que también llegaría su hora—nadie se escapa del Amor—hacían burla de sus melancolías.

—A éste le ha vuelto loco cualquier mujer, eso es todo—dijo Fuzzy.

—Pues, como pierda el poco sentido que tiene...

—No os tolero que habléis de ella en esa forma — protestó Calhoun, mirán道les rudamente.

La disputa se apagó ante la llegada del supuesto capitán Heckla, quien les invitó a ir a una taberna cercana a fin de tratar de un asunto importante.

Los tres hombres, apagando sus rencores, le acompañaron, y Heckla, con voz maliciosa y débil, les fué contando su plan, dejando al descubierto su alma venenosa, de aventurero.

Porque sucedía que Heckla no era ni capitán, ni súbdito norteamericano. Se trataba únicamente de un aventurero ruso, hombre de instintos perversos que quería aprovecharse de la ingenuidad y de la ignorancia de aquellos tres buenos mozos para conseguir el logro de sus anhelos.

Primero habló veladamente, invitán道les a colaborar en el infame proyecto que abrigaba.

Los tres soldados eran hábiles y se miraron mutuamente, comprendiendo de lo que se trataba y lo que convenía contestar. Como más letrado que todos, Calhoun se encargó de contestar.

—En resumidas cuentas—dijo—, que usted lo que pretende es alquilarnos para que le ayudemos a hacer una jugarreta a Petrovich...

—Hombre...

—Y para que, una vez que nosotros se lo quitemos de en medio, usted pueda apoderarse de la mina de potasa; ¿no es eso?

—No presentaba yo el asunto de esa forma—

dijo Heckla, un poco sorprendido de que le hubiesen comprendido tan pronto—; pero... no tengo inconveniente en hacer más las palabras que acaba usted de decir.

—¿Y qué hacemos con los hijos?—continuó Calhoun.

—¡Bah! Me es lo mismo. Os los cedo a vosotros.

—¡Ahora, camaradas!—gritó el novio de Tanya.

Se levantaron los tres en un santiamén y, cayendo sobre el miserable, le propinaron una paliza fenomenal. Durante cinco minutos estuvieron castigán道le, hasta dejarle sin sentido. Luego, contentos de su hazaña vengadora, se retiraron de la taberna, ante el asombro de toda la clientela, que no se atrevía a hacer armas contra aquellos valientes.

Hasta mucho después de haber marchado los americanos, no volvió en sí el aventurero Heckla. Cerró su puño con odio amenazador, y dijo crispando las manos:

—¡Algún día lo pagaréis, miserables!

Aquella misma noche, Calhoun se apresuró a visitar al señor Petrovich y a comunicarle secretamente qué clase de sujeto era el tal Heckla. No debía recibirle más en su casa, y tenía que guardarse de su peligrosa amistad, pues quería despojarle a mansalva de sus propiedades de la Manchuria.

Petrovich agradeció sinceramente sus explicaciones, prometiéndose vivir alerta contra los manejos del ruso.

Transcurrieron algunos días más, sin que Heckla apareciese para nada. Poco a poco la figura

del miserable fué borrándose del pensamiento del soldado Calhoun. Otras emociones más gratas vinieron a absorberle por completo.

Seguía su dulce idilio con Tanya, y tenía ya el consentimiento de Petrovich para aquel matrimonio. Y un buen día, en una capilla de la ciudad, el pope bendijo la sagrada unión.



Seguía su dulce idilio con Tanya...

Fueron testigos de la boda los dos camaradas de Calhoun, quienes terminada la ceremonia, recibieron el beso de ritual de la novia.

Las campanas esparcieron sus notas de bendición; parecía que la tierra no era más que un remanso de amor.

Tanya y William Calhoun vivieron unos días de emoción inolvidable, truncados por las nece-

sidades del servicio militar, que el joven debía atender con la misma precisión de siempre.

¡Ah, cuándo terminaría la obligación! ¡Faltaban sólo pocos meses para la licencia, y William Calhoun pensaba vivir durante algún tiempo en la ciudad rusa, para marchar luego con su mujer a su hermosa tierra americana!

* * *

Una noche, Calhoun tuvo que hacer guardia en los diques. Y a eso de las doce llegó a él la noticia de que había estallado una nueva y sangrienta revolución.

En las calles se formaban barricadas; habían sido asaltadas algunas casas de gente rica.

Uno de los principales jefes de la revuelta era el aventurero Heckla.

Este, al frente de grupos que no tenían otra norma que la destrucción y el odio, hizo numerosos prisioneros, entrando a sangre y a fuego en un círculo donde estaban reunidas varias personalidades de la ciudad, entre ellas Petrovich y su hijo Sergio.

Heckla lanzó un grito de feroz alegría al reconocer la importante presa.

—¡Fusilad a todos inmediatamente!—rugió.

Avanzó hacia Petrovich y su hijo y les dijo, después de azotarles el rostro:

—¡Vais a morir!... Me apoderaré también de Tanya... Y la mina será mía...

—¡Que Dios te castigue, traidor!

—¡No creo en Dios!—gritó el criminal.

Y se separó de ellos, para presenciar cómo iban a ametrallarles.

Sin formulismo alguno, con la brutalidad sal-

vaje de los primeros actos de toda revolución, aquellos desgraciados que no habían cometido otro delito que el no formar en las filas del régimen triunfante, fueron colocados en fila ante una pared.

Una ametralladora comenzó a enfilarles... Iba sucesivamente a descargar contra cada uno de ellos su lluvia de metralla.

Sergio se abrazaba dolorosamente a su padre, murmurando:

—¡Tengo miedo, padrecito, tengo miedo! ¡Me asusta la muerte!

—¡Animo, hijo mío! Después de eso, una vida verdadera nos espera...

Pero el chico seguía temblando y agitando la cabeza.

—Soy tan joven... ¡No quiero morir! ¡Piedad!

La ametralladora funcionó. Golpeteo seco, vibrante, que tumbaba en un santiamén, haciendo caer en posiciones inverosímiles, a aquella pobre gente inocente.

—¡Papá... pa...!—chilló el desgraciado Sergio.

No acabó la frase. Padre e hijo fueron lanzados contra la pared bajo el brutal impulso de la bala que ametrallaba.

Contra el muro quedó un charco de sangre y dos cuerpos abrazados, que palpitaban aún en la última agonía, regando la tierra con un canal rojo.

Aun funcionó la ametralladora, hasta que cayó la última víctima.

El inhumano Heckla, sin inmutarse, dijo al fin:

—¡Vámonos! Aquí hemos concluído ya... Aho-

ra es preciso ir a casa de la muchacha de Petrovich.

Y aquella masa, ahita de sangre, prosiguió su ruta estremecedora por la ciudad, cantando y llevando antorchas encendidas, como una colección de diablos que hubiese salido del infierno.

Las tropas norteamericanas, en diferentes sitios de la ciudad, combatían la revolución.

Horrorizado Calhoun por la suerte que hubiera podido caber a su esposa, se dirigió con un grupo de soldados, entre los que estaban sus dos compañeros inseparables, hacia la casa de Petrovich.

Por el camino vieron el cuadro doloroso de los ametrallados por las turbas.

Al reconocer entre ellos a su suegro y su cuñado, dió Calhoun un grito de horror y lloró desesperadamente.

Y ella, la amada Tanya, ¿dónde estaba? ¿Habría también sido fusilada?

Miró a la luz de un farol los rostros de aquellos desdichados, siempre con el temor de hallar a su mujer.

Convencido de que no estaba entre las víctimas, corrió con sus amigos hacia la casa de su esposa, con un ansia infinita de vengarse de los revolucionarios que en nombre de ideas nuevas iban sembrando el terror a su paso, como un anuncio de lo que sería su dominio triunfante.

* * *

El infame Heckla se presentó en casa de Tanya... Sus gentes aventureras y rudas le esperaban en la calle.

Tanya, que ignoraba que aquel hombre era un traidor, pues para evitarle preocupaciones, ni su esposo ni su padre le habían comunicado la verdad, se sorprendió al verle, después de tanto tiempo de ausencia.

—Tu padre y tu hermano están a salvo fuera de la ciudad; pero quieren verte antes de salir de Rusia—le dijo Heckla.

—Sí, sí... Voy a ir con usted. ¡Pobre papá!

Dimitri, su fiel mayordomo, a tiempo que la ayudaba a ponerse el abrigo, la aconsejó que no saliera.

—Tengo que ir, Dimitri... Es preciso que vaya. Se trata de mi familia. Di a mi marido que volveré tan pronto como pueda...

Y la joven, incauta, marchó con Heckla y sus hombres.

Una hora después llegó Calhoun a su casa... y el criado le explicó:

—Heckla se llevó a Tanya, señor...

—El... él... ¿y dónde?

—No sabemos. Dijo que Petrovich la esperaba.

—¡Traición!

Desesperado, corrió por la ciudad con sus amigos, buscando la pista de su pobre esposa. El temor a que hubiese sufrido un fin parecido al de su padre y hermano, le horrorizaba.

¿Dónde se hallaría?

Fué todo inútil. Buscaron día y noche por todas partes, pero no consiguieron hallar rastro de Tanya ni de Heckla.

No le cupo a Calhoun la menor duda de que su mujer había perecido a manos de aquel rufián.

La revolución fracasó en la ciudad; pero nadie devolvió la vida a los muertos, ni de Heckla se supo la menor noticia.

Y pasó más tiempo. Y el regimiento fué trasladado a la ciudad china de Tien Tsin.

El recuerdo de su mujer no se borraba del pensamiento de Calhoun, y su vida era infinitamente triste.

Cierto día, Buddy y Fuzzy leyeron en un periódico de la ciudad este anuncio:

Empréstito importante sobre una de las más ricas minas de potasa, situada en el río Sungari, Manchuria.

Compañía de Potasa Heckla.

Director gerente: P. Heckla.

Capital de 8.000 acciones ordinarias.

—¡Heckla! ¡El raptor de Tanya! — exclamó Buddy—. Uno de nosotros tiene que ir a averiguar lo que ha sido de ella. Pero que no se entere Calhoun. Así, si conseguimos algo, la sorpresa será mayor.

—Yo iré, Buddy—dijo Fuzzy.

—Perfectamente. Pero si transcurren dos semanas y no has regresado, iré yo a buscarte.

Aquella misma tarde partió Fuzzy, y por la noche, a la hora de la comida, Calhoun, a quien

piadosamente habían ocultado la noticia, preguntó:

—¿Dónde está Fuzzy?

—Yo qué sé...

Y siguió comiendo tranquilamente, mientras



—Uno de nosotros tiene que ir a averiguar lo que ha sido de ella.

Calhoun se sentía sin apetito ante la misteriosa desaparición de su compañero.

—Pero, ¿tú no sabes?...

—No insistas. Te aseguro que ignoro dónde está.

Pasaron quince días. La inquietud era general en el cuartel. El sargento Smiley estaba desolado. Hacía pesquisas particulares ante la extra-

ña desaparición. Y he ahí que un día, a la hora de comer, Buddy no se presentó a su puesto.

—¿Dónde estará mi amigo? — dijo Calhoun, que veía en todo aquello un hondo misterio.

—¿Sabes lo que estoy pensando?—le respondió otro soldado—. Que Buddy ha desertado.

—¿Qué has dicho de Buddy? ¿Has dicho desertar?

—Sí. Esta mañana me dijo: Si pasan quince días y no he vuelto, entrégale esto a Calhoun.

Y le mostró una carta, que Calhoun le arrebató, a pesar de sus protestas.

—Aun no debes leer eso, Las dos semanas no han pasado todavía.

Pero Calhoun rasgó el sobre y leyó el anuncio del empréstito del maldito Heckla y una cartita que decía:

He ido a buscar a Fuzzy, al que temo que le haya sucedido algo. Búscame a mí.

Buddy

¡Ah, ya no le cupo la menor duda de que sus dos compañeros habían ido a la caza de aquel miserable Heckla!... Y, sin ser visto de nadie, sin comunicar a nadie la noticia, aquella misma noche escapó del cuartel, comenzando su peregrinación hacia las minas de potasa, situadas en el río Sungari.

Llegó, varios días después, a aquellos parajes casi abandonados. Por el camino encontró a un grupo de gente, a quien preguntó dónde tenía Heckla sus minas.

Le miraron con espanto, como si pronunciara un nombre cien veces odiado y temido.

—¡Vete... vete! ¡No vayas!—le dijeron, des-pavoridos.

Pero Calhoun, sin hacer caso de aquellas expresiones de terror, continuó su camino hasta llegar, por extraña orientación, a la propia entrada de las minas de Heckla.

No había nadie. Revólver en mano, fué avanzando por el pabellón. De pronto hirieron sus oídos unos lamentos... Apretó el gatillo y entró en la habitación de donde salían las voces.

Un espectáculo doloroso se presentó ante él. Vió a Buddy, gravemente herido, y frente a él, al mismo Heckla, sentado ante una mesa.

Heckla no hacía el menor movimiento. De su camisa salía un caño de sangre. Estaba muerto.

—¡Buddy... Buddy!—gritó Calhoun, corriendo al encuentro de su amigo.

Este, debilitado por la pérdida de sangre, contestó:

—¡Gracias, Calhoun!... Heckla me atacó primero... y tuve que matarle.

—Y de Fuzzy, ¿sabes algo de él?

—Fuzzy... está ahí...

Con el ansia de salvar a su otro amigo, avanzó hacia la habitación contigua y vió al pobre camarada Fuzzy atado, con los brazos en cruz, a un madero, con la ropa desgarrada y derriéndose sobre su carne viva pedazos de nieve, que caían del techo agujereado.

Llevaba largas horas en esta posición... y un frío intensísimo paralizaba sus miembros.

Corrió a librarle de sus ataduras y le abrazó cariñosamente. Pero el sufrimiento moral que había pasado aquel muchacho, había destruído su razón, y no conocía a nadie.

—Pero... Fuzzy... Fuzzy... ¿no me conoces?

Fuzzy se reía, con la risa dolorosa del loco.

De repente aparecieron dos hombres de la banda del criminal Heckla.

Antes de que pudieran hacer armas contra él, Calhoun disparó su revólver varias veces, hasta matarles.

Por fortuna, no había nadie más en la mina; los otros revoltosos habían ido en bloque a la conquista de unas aldeas cercanas. Y Calhoun, recogiendo a su amigo Buddy, que se moría por momentos, y obligando a Fuzzy a seguirles, emprendió con ellos el regreso al cuartel de Tien Tsin.

Y tras penosas jornadas fueron acercándose a la meta. Mientras atravesaban un río, ya muy cerca de Tien Tsin, el pobre Buddy murió en brazos de Calhoun.

Indiferente a todo, Fuzzy sonreía.

—Nuestro amigo ha muerto, Fuzzy. ¿No me entiendes?

Pero el loco no contestaba, y por el corazón de Calhoun pasaba la sombra de un doble duelo.

Y fué de esta manera cómo llegaron una mañana al cuartel de Tien Tsin, y cómo les vió en tan miserable estado el capitán Brand.

* * *

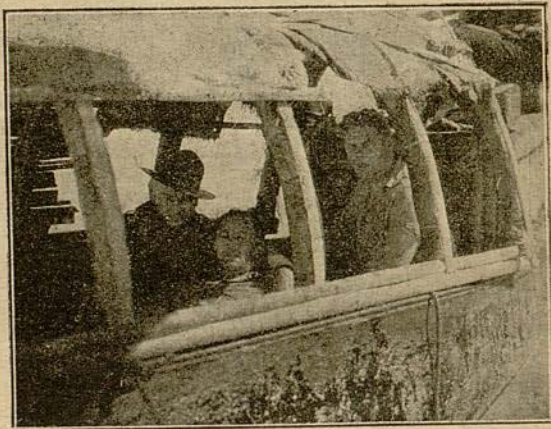
Después del largo relato que de lo ocurrido acababa de hacer el procesado Calhoun, el fiscal volvió a hacer uso de la palabra:

—Señores del tribunal: El procesado no aporta prueba alguna que confirme su declaración. La historia que nos ha referido es una burda

patraña con la que intenta ocultar los hechos reales. Por lo tanto, pido para él la pena de muerte, por considerarle autor de los delitos de desertión y homicidio.

Después habló el defensor:

—Señores, he sido soldado durante muchos años, parte de los cuales he convivido con el



—Nuestro amigo ha muerto, Fuzzy...

procesado. Le conozco bien y sé que ha dicho la verdad. Pido justicia para él, recomendando que se aminore la petición del fiscal. Yo garantizo sus palabras.

El presidente, tras un corto discurso invocando los fueros de la justicia, ordenó que fuese despejada la sala, pues se iba a estudiar el fallo.

Se cumplió lo ordenado y el defensor corrió

a hablar con Fuzzy, que estaba en una de las dependencias del cuartel, con su mismo gesto inconsciente.

—¡Fuzzy! Tú puedes impedirlo... tú puedes salvar a Calhoun. Recuerda lo que ocurrió. ¡Haz un esfuerzo!

Ni un músculo del rostro de aquel hombre se contrajo. La luz de la memoria y de la voluntad se habían apagado en su pensamiento. Tenía los ojos fijos en una abierta ventana que daba a la calle.

Pero de pronto dió un grito, al ver pasar por la calle a una mujer. Restregóse los ojos; pareció que otra vez le iluminaba la razón.

—¡Tanya! ¡Tanya!—exclamó.

La mujer se volvió, y al ver al soldado Fuzzy lanzó una exclamación y entró velozmente en el cuartel, hablando con el defensor y con Fuzzy, que había recobrado súbitamente la memoria.

Emocionado, el capitán Brand hizo explicar a la hermosa mujer su odisea, sin decir nada a Calhoun, que estaba aguardando en otra estancia. Presentóse al reanudar la vista, ante el consejo de guerra.

Calhoun, firme y sereno, volvió a entrar allí, dispuesto a escuchar el fallo.

—Señores—dijo Brand—, suplico a ustedes que vuelva a abrirse el proceso. ¡He hallado un testigo!

Y ante el asombro de todos y la profunda emoción de Calhoun, Tanya se presentó en el consejo, comenzando con lágrimas en los ojos su declaración:

—Heckla me engañó y le seguí creyendo que iba al encuentro de mi padre—dijo—. Cuando vi

que nos internábamos en el desierto, comprendí que había sido vendida.

"Quise negarme a dar un paso más; pero Hec-
kla me obligó a proseguir el camino.

"Fuí con él a las minas, y una noche el mise-
rable me quiso hacer suya. Pero estaba borra-
cho y yo conseguí escapar, sin que él pudiera
perseguirme. Llegué a una aldea, en donde estu-
ve enferma durante varias semanas. Más tarde
supe que había soldados americanos en Tien
Tsin. Llegué ayer. Y por casualidad he visto a
mi amigo Fuzzy en la ventana.

La importante declaración hizo cambiar las
opiniones de los vocales del tribunal, que mo-
mentos antes habían acordado declarar la máxi-
ma culpabilidad del procesado.

Después, la presencia de Fuzzy y su declara-
ción, que coincidía exactamente con la prestada
por Calhoun, acabaron por inclinar a la bene-
volencia el ánimo de los militares.

Una hora más tarde se dictó sentencia. Cal-
houn era declarado inocente de la acusación
de homicidio... y culpable de deserción, pero en
grado mínimo.

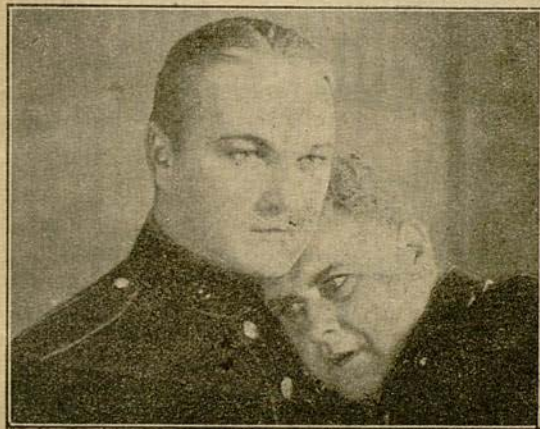
—El consejo condena por dicho delito al sol-
dado Calhoun... al arresto de una hora—dijo el
presidente.

Una hora se pasa pronto. Y, tras haber cum-
plido aquella ligerísima penitencia, pudo Cal-
houn verse finalmente libre y consiguió besar
a aquella mujer que ya consideraba perdida para
siempre.

¡Ah! Pronto licenciarían a Calhoun, y el ma-
trimonio partiría hacia los Estados Unidos, para
empezar allí una nueva vida.

Aquí había demasiados recuerdos dolorosos. El
padre y el hermano de Tanya, y Buddy, el ín-
timo amigo de Calhoun, habían muerto y repo-
saban en estas tierras. Era mejor marchar.

Antes de partir, llenaron de flores las tumbas
de los seres queridos. Fuzzy, amigo inseparable



... la presencia de Fuzzy y sus declaraciones...

de Calhoun, les acompañó... Para Calhoun, el
recuerdo de Buddy, caído en aras de la amis-
tad, sería permanente.

El regimiento fué repatriado, y Tanya se con-
virtió en la madrina de aquellos soldados, que
volvían a su país; pero reservó siempre sus di-
vinas ternuras para el que era dueño y señor de
su vida...

F I N

Ha sido revisada por la censura

MAÑANA saldrá el cuarto
cuaderno de la novela en
20 cuadernos

De vendedora de periódicos
a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Éxito sin precedente:

La
Novela para Todos

Publicación semanal de novelas
para todos. Excelentes asuntos

Número 1: Mary la buena, Mary la mala

VIERNES:

La que no pudo ser mala, por Sara Insúa

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal
de novelas modernas

Precio: 30 céntimos